



www.loqueleo.com

Aventura en Tierradentro

© Del texto: 2005, Francisco Leal Quevedo

© De las ilustraciones: 2005, Daniel Rabanal

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5403-12-3

Impreso en Colombia

Impreso por Quad Graphics Colombia S.A.

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: octubre de 2005

Primera edición en Loqueleo Colombia: diciembre de 2016

Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: abril de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

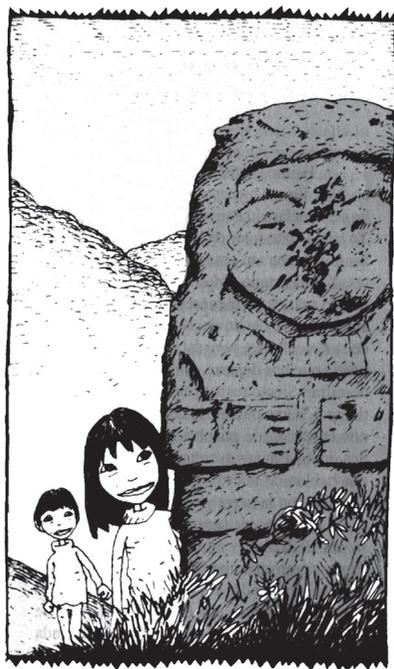
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Aventura en Tierradentro

Francisco Leal Quevedo

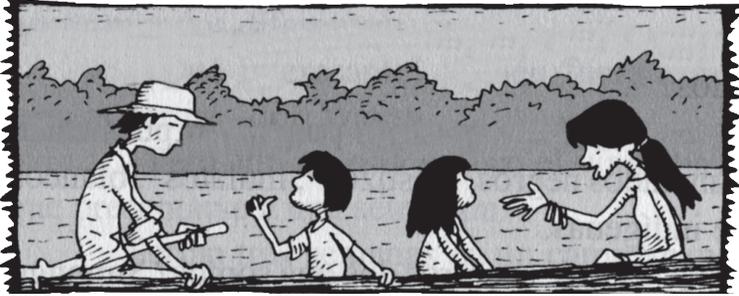
Ilustraciones de Daniel Rabanal



loquelego

*A Santiago y Amalia
Y a los niños indígenas de nuestro país*

Un nuevo viaje



7

—¿Crees que lograremos ir? —me preguntó mi hermana Mayam.

Ese día, como de costumbre, esperamos a Antonio para la cena. Se retrasó un poco. Había llevado de excursión a unos turistas holandeses a un poblado indígena, quienes se habían maravillado de la selva y de la gente que la habita. Casi siempre tiene algún relato especial para contar en la mesa. Sus historias nos divierten y nos dan deseos de conocer otras gentes y otros lugares. Wayra se lució con el menú, como de costumbre. Estábamos los cuatro terminando

el postre, cuando él nos hizo una pregunta que nos llenó de ilusiones:

—¿Quién quiere ir de paseo a un sitio interesante y lejano?

Entonces nos explicó que estaban organizando una excursión para niños de diversas etnias*.

8 —Y nosotros, que somos medio indígenas y a la vez medio blancos, ¿estamos invitados?

—Claro, también pueden ir, pues están invitados negros, mestizos*, mulatos*, blancos e indígenas.

—¿Y nosotros dos qué somos? Supongo que mestizos —dijo Mayam.

—Sí. Yo también soy mestizo, aunque mi piel es blanca. Tengo apenas una pequeña mezcla, como unas pocas gotitas de café en una taza de leche. Aquí solo Wayra es de sangre sin mezcla —dijo Antonio.

*A lo largo de este libro encontrarás varias palabras marcadas con asterisco, las cuales salen, con su respectiva definición, en la sección «Vocabulario».

—Te equivocas, ¿no te acuerdas que mi bisabuelo era negro, precisamente de África? Solo que mi mezcla es al contrario, como un café con una sola gota de leche. Y en este caso la leche era negra.

Todos nos reímos de su comparación.

—¿Adónde iríamos?

—A Tierradentro.

—¿Y dónde queda? No recuerdo haberlo visto en el mapa —le dije.

—Un poco lejos. Iremos en lancha a Leticia. Luego es necesario que tomemos un avión hasta Neiva, y después un bus hasta San Andrés de Pisimbalá. Es un viaje largo. Pero podrán conocer mundos diferentes.

—¡Qué interesante! ¡Quién fuera niño para poder ir! —dijo Wayra.

—Pero aún no está seguro el viaje, hay que presentarse a una selección.

Serían tres semanas en un campamento, donde compartiríamos con otros cien niños de nuestra misma edad, venidos de muchos sitios

de este gran país. Con mi hermana gemela hemos viajado mucho, somos expertos en vivir en la selva, en acampar en medio de la espesura, en alimentarnos con frutos de la naturaleza y cuidarnos bien de los peligros. Pero este paseo sería distinto. Además de conocer otros paisajes, podríamos hacer muchos nuevos amigos de distintas regiones y diversas lenguas.

Llenamos los formularios de inscripción, nos tomamos las fotos, que, como suele ocurrir, quedaron fatales. Mayam se las repitió tres veces, pero nunca le gustó el resultado. Todos los días preguntábamos cuándo sabríamos. Fuimos muchas veces hasta la Biblioteca Municipal, a donde llegaría la lista de los elegidos. La encargada ya nos conocía, y sonreía con complicidad cuando íbamos a averiguar siempre lo mismo. Esperábamos con ansiedad pues de esta región serían seleccionados solo cinco niños. Un día fuimos en la mañana y nos dijeron que en la tarde con seguridad tendríamos noticias. Volvimos temprano en la tarde. La ansiedad

nos consumía por dentro, como un gusanito en el estómago.

Al fin colocaron la lista en una cartelera. Buscamos ansiosamente nuestros nombres (la página incluía otra vez todos los detalles del viaje y tres nombres apenas) y nosotros no aparecíamos. Con Mayam nos miramos desconsolados.

—Imposible, no estamos.

11

No puedo negar que se me encogió el corazón. Fueron momentos amargos. Todo el sueño se venía abajo, antes de comenzar. Pero de pronto Mayam me hizo volver a tener ilusiones.

—Algo está mal, porque eran cinco cupos y solo aparecen tres —dijo ella.

—Debe de haber una segunda página.

Y me fui adonde la encargada:

—Creo que falta una parte de la lista, el fax parece estar incompleto.

Efectivamente, la última página apareció en ese momento. La impresión era defectuosa, los nombres estaban borrosos, pero, mirando bien, allí estábamos.

—Lo logramos, iremos.

Regresamos corriendo a casa. Buscamos en los libros algo sobre nuestro destino. Una enciclopedia lo mencionaba:

12 **Tierradentro:** *antigua civilización precolombina*, que floreció entre el 600 y el 900 d. C. Tenía una cultura centrada en la muerte. Su principal monumento, además de las colosales estatuas de piedra, son unas tumbas subterráneas, de gran belleza, llamadas hipogeos*.*

Me quedé con varias dudas, entonces le pregunté a mi padre:

—¿Qué significa “una cultura centrada en la muerte?”

—Quiere decir que tenían una gran preocupación por lo que ocurre después de esta vida. Ellos creían firmemente que la muerte era un paso a otra forma de existencia y que había que alistarse para ella como si fuera un viaje.

—¿Y para eso hacían tumbas imponentes?

—Sí. Las excavaban en la roca y diseñaban medidas de seguridad para que nadie se atre-